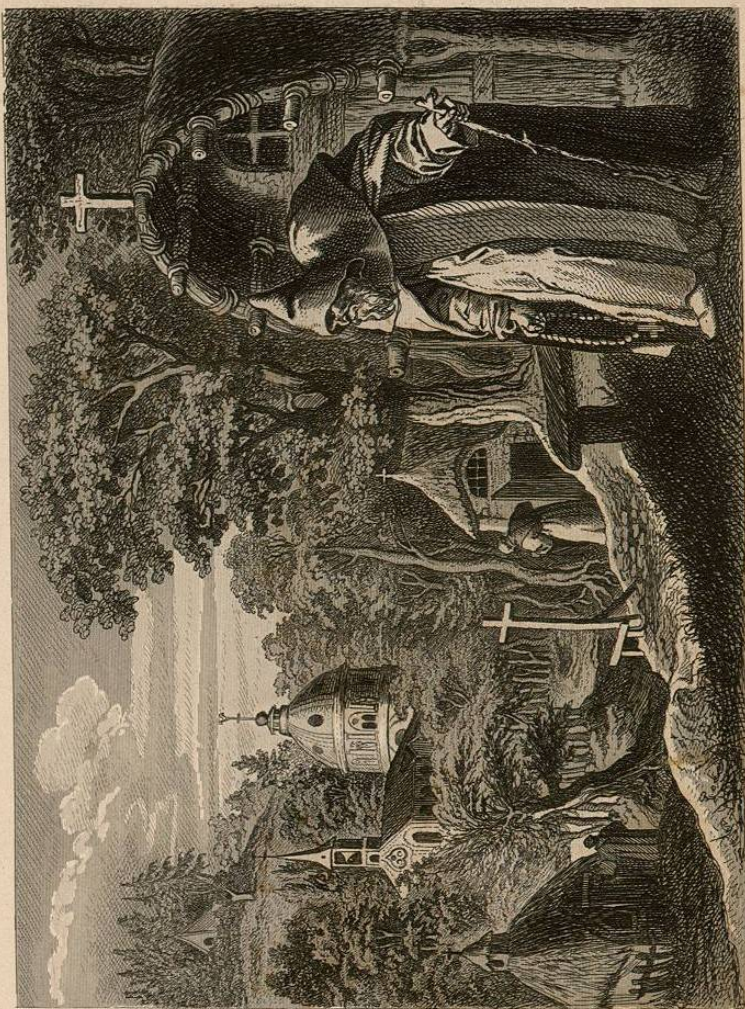


Casiano hace tambien hablar en sus conferencias al abad Sereno, y dice que entre todos aquellos grandes solitarios que habitaban el desierto de Sceté no habia casi ninguno por quien tuviese él tanta veneracion como este santo abad. » Era este, añade él, un hombre de una santidad extraordinaria y de una continencia admirable, el cual segun su nombre lo indicaba, conservaba su alma en una tranquilidad y serenidad completamente divinas. A más de todas las virtudes que le hacian notable en sus acciones, en sus costumbres y hasta en su rostro, tenia tambien el don de una paz angelical. » Porque aquel grande hombre, ofreciendo á Dios noche y dia muy arduas oraciones, acompañadas de vigilia y ayunos para obtener la castidad del cuerpo y alma, recibió de Dios esta preciosa gracia y vió durante la noche á un ángel que le dijo: « Sabed que vos habeis obtenido hoy de Dios la pureza perfecta que le habeis pedido con una fe sincera. »

El deseo de aprovecharse de las instrucciones del abad Sereno indujo á Casiano y á Germano á irle á ver. Era esto en tiempo de cuaresma. El venerable viejo les recibió con aquella paz y serenidad que formaban su principal caracter. Hizoles diversas preguntas sobre su disposicion interior, sobre la cualidad de los pensamientos que les ocupaban ordinariamente, y les preguntó por último si su larga permanencia en el desierto habia contribuido ya á la pureza de su alma; porque hemos visto en más de una ocasion que esto era lo que los solitarios tenían principalmente á la vista en los laboriosos ejercicios de la vida monástica.

Casiano y Germano se humillaron mucho con estas preguntas. Confesáronle que tenían el alma tan ligera que no podian dar en esto el testimonio favorable de haberse aprovechado en su retiro. « ¡Ay, Padre mio! le dijeron; esta larga serie de años de retiro que debiera ya habernos establecido en la perfeccion, no nos ha servido hasta aquí sino para

Tome II



Gravé par

J. B. Chardon, sculp.

L'Abbi Acathon.

hacernos ver lo que podemos ser, sin hacernos lo que tanto habríamos deseado ser. Conocemos que no hemos adquirido allí aquella firmeza en la virtud que habíamos deseado con tanto ardor; sino solamente un acrecentamiento de confusión y vergüenza por el poco progreso que hemos hecho. »

Quejáronse de que su alma se dejaba insensiblemente caer en la disipación y que se encontraba de día en día agitada por mil distracciones y muy débil para resistir á las pasiones que la tenían como cautiva lo cual les desanimó mucho. « Nuestro espíritu, decían ellos, en todo momento se nos escapa de tal manera que cuando le queremos llamar de nuevo por el movimiento del temor de Dios, ó aplicarle á contemplar su grandeza, se escapa de nuevo como antes, sin que podamos fijarle en aquella continua debilidad. »

Esto dió ocasión al abad Sereno para entretenerles con la movilidad del alma, é hizoles ver que cuanto nuestro espíritu era más la veleidoso é inconstante, más también importaba velar sobre nuestros pensamientos para no tenerlos sino buenos. « El espíritu del hombre, les dice, trabaja sin cesar. Es estrañamente movable. Esto es lo que está indicado en el libro de la Sabiduría: *La morada terrestre hace pesada al alma á pesar de la vivacidad de sus pensamientos.* (Sap. 9) Es pues verdad que por su naturaleza ella no puede permanecer ociosa; y que si no se regulan sus movimientos dando ocupación á su actividad con objeto de que la retengan y detengan, necesariamente su lijereza natural la lleva, y la hace correr de objeto en objeto, hasta que un largo hábito le dé á conocer por experiencia cuáles son los sujetos que debe preparar en su memoria, afin de que se ocupe de ellos sin cansarse, y que esta ocupación la acostumbre á fijarse más. De este modo podrá ella ponerse sobre las tentaciones con que la turba su enemigo, y per-

manecer en este estado estable que desea con tanto ardor.

« Debemos pues, prosigue él, trabajar sin cesar en regular nuestro espíritu; porque el *buen pensamiento*, dice el Sabio, se aproxima á *los que lo conocen*, y el *hombre prudente lo encontrará* (Prov. 19. sec. LXX) Ya veis pues que cuando el hombre trabaja con el auxilio de Dios, *dispone de los grados*, como dice David, para subir a Él. (Psal. 13.) Esto es, que alimenta pensamientos santos que le hacen subir á Dios, y que cuando se relaja, baja y vuelve á caer en los pensamientos bajos de la tierra y de la carne. »

El estado de un alma, dice todavía, á la que la gracia ha elevado á aquella perfeccion, está admirablemente figurado por el Centurion del Evangelio, que decia: *Tengo soldados bajo mis órdenes; digo al uno: Anda, y vá; y al otro: Ven, y viene; y á mi siervo: Haz esto, y lo hace.* « Si trabajamos pues en combatir y vencer los vicios, en apagar las pasiones y los movimientos de la carne, en someter al imperio del espíritu esa muchedumbre de sentimientos que le asedian y le inquietan sin cesar, y en echar lejos de la sombra de nuestro corazon, por la fuerza de la cruz de Jesucristo á aquellos ejercitos de poderosos enemigos, que nos hacen una guerra tan cruel, recibiremos de Dios, en recompensa de nuestras victorias, la gracia de ser elevados al rango de aquel Centurion del Evangelio que es la figura de los verdaderos cristianos... De él recibiremos el poder de mandar á nuestros pensamientos. No nos dejaremos llevar á pesar nuestro de los que no queremos seguir, y nos uniremos con firmeza á aquellos en los que encontraremos nuestro reposo y la alegria de nuestro corazon. Diremos á los malos; Id, y se irán. Diremos á los buenos: Venid y vendrán; y mandaremos á nuestro siervo, esto es á nuestro cuerpo, que guarde todas las leyes de la pureza, y nos obedecerá y se sujetará á servir al es

píritu en todas las cosas. » El abad Sereno muestra despues de esto cuáles son los medios que debemos emplear para combatir los pensamientos contrarios á la pureza de nuestro corazon. San Pablo nos los suministra cuando nos dice que tomemos *el escudo de la fé la coraza, de la caridad, el casco de la esperanza y la espada del espíritu que es la palabra de Dios.* (Ephes. C; 1 Thess. 5; Hebr. 4.)

« No debemos dejarnos llevar en el penoso combate, de una desconfianza y descorazonamiento perniciosos, que nos hagan abandonar nuestros ejercicios como si nos fuesen inútiles, puesto que el sabio dice: *Cuanto más se trabaja, más se enriquece uno*; (Prov. 31 sec LXX.) Porque no hay virtud de la que se pueda adquirir la perfeccion sin un gran trabajo. Hay que hacer grandes violencias y sufrir penosos trabajos para llegar á ser un hombre perfecto. »

El abad German le representó á este propósito cuán difícil es detener la lijereza de espíritu, puesto que además de aquella movilidad natural al alma, está ella también inquietada por tantos enemigos. Pero el abad Sereno le hizo ver por muchos pasages de la Escritura que no debemos admirarnos del gran número de los demonios que nos atacan puesto que la fuerza de Dios que nos asiste es mucho mayor que toda la fuerza de los espíritus malignos. A este propósito aquel santo abad entró en una larga discusion sobre las maneras en que los demonios tientan á los hombres, y que seria muy largo referir aquí; pero hace una observacion que merece ser referida.

Vemos, dice él, ya por nuestra experiencia, ya por la relacion de nuestros antepasados, que los demonios no tienen hoy día la misma fuerza que tenían otras veces en el primer establecimiento de los anacoretas cuando todavía no habia más que unos pocos solitarios en el desierto; porque eran entonces tan furiosos que solo habia muy pocas personas, y muy adelantadas en edad y en virtud, que pu-

diesen sobrellevar los males que les hacian en la soledad. En los mismos monasterios en los que moraban ocho ó diez juntos, hacian tantos desórdenes y violencias, y atacaban tan frecuentemente á los religiosos de una manera del todo visible que no se atrevian á dormir todos juntos durante la noche sino que cuando los unos se entregaban un poco al sueño los otros continuaban la vela sin interrumpir ó la oracion ó la lectura ó el canto de los salmos, y cuando la necesidad de la naturaleza forzaba á estos á descansar, iban antes á despertar á los otros á fin de que hiciesen á su vez la guardia y centinela contra aquellos enemigos que no dormian.

« Por ahí se vé que esta seguridad en que viven hoy dia en el desierto, no solamente los viejos como nosotros, que pueden sostenerse mejor á causa de su esperiencia, sino tambien los más jóvenes solitarios, no proviene segun me parece, sino de dos razones: O bien la debemos atribuir á la gracia y á la virtud de la cruz, que ha penetrado hasta el fondo de los más escondidos desiertos, y que derramándose por todos partes, tiene como cautiva la malicia del enemigo, ó quizás hasta nuestra negligencia que hace á los demonios más lentos para atacarlos, y que hace que se desdeñen de hacer contra vosotros los mismos esfuerzos que hacian contra aquellos generosos atletas de Jesucrito, creyendo que cesando así de combatirnos, y dándonos por ahí lugar para relajarnos, y tenernos menos sobre nosotros mismos, podrán sorprendernos y vencernos mucho más facilmente. »

Despues que el abad Sereno hubo hedro con este motivo un largo discurso difirió para el dia siguiente la esplicacion que el abad German le suplicó que le diese sobre aquella palabras de San Pabló: *No tenemos que combatir contra la carne y sangre, sino contra los principados y las potestades, contra los príncipes de este mundo y de estas tinieblas.*

Invitóle á tomar con Casiano un poco de reposo, esperando que al dia siguiente, que era el santo dia del domingo, y el cual debian solemnizar segun su costumbre, pudiesen al volver de la iglesia, conferenciar juntos sobre lo que Dios, les dijo él, nos haya podido dar para nuestra comun instruccion. »

Casiano empieza despues la relacion de la conferencia que tuvo al dia siguiente con el abad Sereno, por medio del de la pequeña recepcion que les dió, y que demuestra cuál era la frugalidad de aquellos buenos solitarios aun en las ocasiones en que la caridad para con los huéspedes obraba con más distincion é inocente alegría. « Despues de haber cumplido, dice él, con lo que exigia de nosotros la santidad del domingo, los que se habian juntado en la iglesia habiendose retirado, nos volvimos á la celda del santo viejo Sereno, el cual nos trató en ella magníficamente; porque en vez del agua salada de la que ordinariamente se servia mezclando en ella una gota de aceite sirviose aquel dia de salmuera y echó un poco más de aceite de lo que tenia de costumbre. El fin de estos solitarios no es hallar algun placer en aquella gota de aceite, puesto que apenas pueden percibirse de ella cuando comen; sino evitar por ahí la vanidad y el orgullo que insensiblemente se deslizan en las austeridades extraordinarias... A más de esto, nos dió tres aceitunas fritas en sal, una cesta en la que habia algunos garbanzos cochifritos, que para ellos son como la pasteleria. Tomamos cada uno cinco de ellos con dos ciruelas y un higo, porque en aquel desierto seria como un crimen el pasar de este número. » Tal fué la refeccion que el abad Gereno dió á Casiano y que él llama magnífica.

Cuando se hubieron levantado de la mesa, Casiano y German le suplicaron que se acordase que les habia prometido esplicarles lo que dice san Pabló: *Que tenemos que combatir contra los poderes de las tinieblas.* Y este fué el sujeto de

la segunda conferencia, en la que les entretuvo con los principados y poderes invisibles del infierno. Habló de la caída de los ángeles rebeldes. Dijo que hay entre ellos principados y poderes puesto que hay tambien algunos entre ellos que mandan y tienen como cierto poder sobre los demás ; que sin embargo se hacen entre ellos la guerra como la hacen á los hombres ; que cada uno de nosotros tiene su ángel bueno como se evidencia por muchos lugares de la Escritura ; pero que nosotros tenemos tambien uno malo que se dedica particularmente á tentarnos, como se ve por el ejemplo de Job. Que aun cuando el demonio que nos engaña sea mucho más castigado que nosotros á quienes seduce, puesto que despues de haber hecho caer á Adan, fué él mismo derribado al suelo por la maldicion que contra él fulminó Dios, nosotros no dejamos sin embargo de ser castigados como lo fué Adan, por habernós dejado sorprender. « Por esto, dice él, conviene grandemente tener cuidado de no dejarse llevar por malos consejos, porque aun cuando el principal castigo de estos recaiga sobre el autor, no obstante el que en ellos consiente no será exento de pena, como no lo es de la culpa. »

El mismo abad Sereno, hablando de las diferentes indicaciones que hay en los demonios, de los cuales unos se contentan con espantar á los hombres con panicos terrores, otros, más crueles, llenan su corazon de una variedad ridícula, y otras les inspiran no solamente la mentira sino que tambien les llevan á la blasfemia, dice que él mismo habia sido testigo de esto, y que con sus propios oidos habia oido al demonio confesar que se habia servido de la boca de Arrio y de Eunomio para publicar por ellos las impiedades y los sacrilegios de su heregia.

EL ABAD AGATON ¹.

Este religioso habitó muchas soledades ; sin embargo en Sceté fué donde principalmente residió y siempre fué mirado como uno de los principales padres de aquel desierto á los cuales edificó por el brillo de sus virtudes y de su doctrina hácia la mitad del siglo cuarto.

Inoramos el nombre del que le educó en las prácticas de la vida monástica ; pero parece que las primeras en que se ejercitó, fueron la obediencia ciega y el silencio. Tuvo durante tres años un guijarro en la boca para acostumbrarse á callar, ó como una señal que tenia siempre presente para no hablar sino cuando era más necesario que el no decir nada. Con esta práctica adquirió una tan gran discrecion en sus palabras, que hablando de él San Pemen con algunos solitarios, y habiéndole dado el titulo de abad, que solo se daba á los ancianos por respeto, (Vit. PP. l. 5. ib. 15. 8. 40) como le testificaran por ello su sorpresa, les respondió que su boca le habia adquirido este titulo.

Tan felices principios fueron seguidos de un maravilloso proceso. Los que recogieron las acciones y palabras notables de los Padres de los desiertos, (Cot p. 356) irdenle este justo elogio á saber, que estaba dotado de una eminente sabiduria, que era infatigable en los trabajos, y que era igualmente sobrio en el comer y modesto en su vestidos. Pero es tambien un efecto de su prudencia el usar en todo de aquella

¹ Vit. PP., Cotelier.